

—Dormidla, señor, domidla,
desarmado sin temor,
que el conde es ido á la caza
á los montes de León.

—Rabia le mate los perros,
y águilas el su halcón,
y del monte hasta casa
á él arrastre el morón.—
Ellos en aquesto estando
su marido que llegó:

—¿Qué hacéis, la blanca niña,
hija de padre traidor?

—Señor, peino mis cabellos,
péinolos con gran dolor,
que me dejáis á mi sola
y á los montes os vais vos.

—Esas palabras, la niña,
no eran sino traición:

¿Cuyo es aquel caballo
que allá bajo relinchó?

—Señor, era de mi padre,
y enviólo para vos.

—¿Cuyas son aquellas armas
que están en el corredor?

—Señor, eran de mi hermano,
y hoy vos las envió.

—¿Cuya es aquella lanza
que desde aquí la veo yo?

—Tomadla, conde, tomadla,
matadme con ella vos,
que aquesta muerte, buen conde,
bien os la merezco yo.

VII

El baño en el Jordán

(Anónimo)

—Malas mañas habéis, tío,
no las podéis olvidare:
más precias matar un puerco
que ganar una ciudade.
Vuestros hijos y mujer
en poder de moros vane,
los hijos en una cebra,
y la madre en un cordale.
La mujer dice:—¡ay marido!—
Los hijos dicen:—¡ay padre!—
De lástima que les hube
yo se los fuera á quitare;
heridas traigo de muerte,
dellas no puedo escapare.
Apretádmelas, mi tío,
con tocas de caminar.—
Ya le aprieta las heridas,
comienzan de caminar.
Á vuelta de su cabeza
caído lo vido estare,
allá se le fué á caer
dentro del río Jordane:
como fué dentro caído,
sano le vió levantare.

VIII

El amor filial

(De Juan de Ribera)

Paseábase el buen conde
todo lleno de pesar,
cuentas negras en sus manos
dó suele siempre rezar;
palabras tristes diciendo,
palabras para llorar.

—Véaos, hija, crecida,
y en edad para casar;
el mayor dolor que siento
es no tener que os dar.

—Calledes, padre, calledes,
no debéis tener pesar,
que quien buena hija tiene
rico se debe llamar;
y el que mala la tenía,
viva la puede enterrar,
pues amengua su linaje
que no debiera amenguar,
y yo, si no me casare,
en religión puedo entrar.

IX

La esposa fiel

(De Juan de Ribera)

—Caballero de lejas tierras,
llegaos acá, y paréis,
hinquedes la lanza en tierra,

vuestro caballo arrendéis,
preguntaros he por nuevas
si mi esposo conocéis.

—Vuestro marido, señora,
decid, ¿de qué señas es?

—Mi marido es mozo y blanco,
gentil hombre y bien cortés,
muy gran jugador de tablas,
y también del ajedrez.

En el pomo de su espada
armas trae de un marqués,
y un ropón de brocado
y de carmesí al envés:
cabe el fierro de la lanza
trae un pendón portugués,
que ganó en unas justas
á un valiente francés.

—Por esas señas, señora,
tu marido muerto es:
en Valencia le mataron
en casa de un ginovés:
sobre el juego de las tablas
lo matara un milanés.
Muchas damas lo lloraban,
caballeros con arnés,
sobre todo lo lloraba
la hija del ginovés;
todos dicen á una voz
que su enamorada es:
si habéis de tomar amores,
por otro á mi no dejéis.

—No me lo mandéis, señor,
señor, no me lo mandéis,
que antes que eso hiciese,
señor, monja me veréis.

—No os metáis monja, señora,

pues que havello no podéis,
que vuestro marido amado
delante de vos lo tenéis.

X

El conde Sol

(Anónimo)

Grandes guerras se publican
entre España y Portugale:
pena de la vida tiene
quien no se quiera embarcare.
Al conde Sol le nombran
por capitán generale;
del Rey se fué á despedir
de su esposa otro que tale.
La condesa quera niña,
todo se le va en llorare.
—Dime, conde, ¿cuántos años
tienes de echar por alláe?
—Si á los seis años no vuelvo,
condesa, os podéis casare. —
Pasan los seis, y los ocho,
pasan diez y pasan más,
y el conde Sol no tornaba
ni nuevas suyas fué á dare.
Estando en su estancia sola,
fuéla el padre á visitare:
—¿Qué tienes, hija querida,
que no cesas de llorare?
—Padre de toda mi alma,
por la santa Trinitade,
que me queráis dar licencia
para al conde ir á encontrare.

—Mi licencia tenéis, hija,
haced vuestra voluntad.—
La condesa al otro día
al conde se fué á buscare,
triste por Italia y Francia,
por la tierra y por la mare.
Ya estaba desesperada,
ya se torna para acáe,
cuando gran vacada un día
devisó allá en un pinare.
—Vaquerito, vaquerito,
por la santa Trinitade,
que me niegues la mentira
y me digas la verdade:
¿De quién son estas vaquitas
que en estos montes estare?
—Del conde Sol son, señora,
que manda en este lugare.
—¿Y de quién son esos trigos
que cerca están de segare?
—Señora, del mismo conde,
porque los hizo sembrare.
—¿Y de quién tantas ovejas
que á corderos dan mamare?
—Señora, del conde Sol,
porque los hizo criare.
—¿De quién, dime, esos jardines
y ese palacio reale?
—Son del mismo caballero,
porque allí suele habitare.
—¿De quién, de quién los caballos
que se oyen relinchare?
—Del conde Sol, que suele
sobre ellos ir á cazare.
—¿Y quién es aquella dama
que un hombre abrazando estae?

—La desposada señora
 con que el conde va á casare.
 —Vaquerico, vaquerito,
 por la santa Soledade :
 toma mi ropa de seda,
 y visteme tu sayale,
 que ya hallé lo que buscaba,
 no lo quiero, no, dejare;
 agárrame de la mano
 y á su puerta me pondrás,
 que á pedirle voy limosna,
 por Dios, si la quiere dare.
 Desdeque estuvo la condesa
 del palacio en el umbrale,
 una limosnica pide
 que se la dén por piedade,
 y fué tanta su ventura,
 aún más que era de esperare,
 que la limosna demanda
 y el conde se la fué á dare.
 —¿ De dónde eres, peregrina?
 —Soy de España naturale.
 —¿ Cómo llegastes aquí?
 —Vine mi esposo á buscare,
 por tierra pisando abrojos,
 pasando riesgos en mare,
 y cuando le hallé, señor,
 supe que se iba á casare,
 supe que olvidó á su esposa,
 su esposa que fué leale,
 su esposa que por buscallo
 cuerpo y alma fué á arriesgare.
 —¡ Romerica, romerica,
 callede, no digas tale,
 que eres el diablo sin duda
 que me vienes á tentare !

—No soy el diablo, buen conde,
 ni yo te quiero enojare;
 soy tu mujer verdadera,
 y así te vine á buscare.—
 El conde cuando esto oyera,
 sin un punto más tardare,
 un caballo muy ligero
 ha mandado aparejare
 con cascabeles de plata
 guarnido todo el pretale;
 con los estribos de oro,
 las espuelas otro tale,
 y cabalgando de un salto,
 á su esposa fué á tomare,
 que de alegría y contento
 no cesaba de llorare.
 Corriendo iba, corriendo,
 corriendo va sin parare,
 hasta que llegó al castillo
 donde es señor naturale.
 Quedádose ha la novia
 vestidica y sin casare,
 que quien de lo ageno viste,
 desnudo suele quedare.

XI

El traidor Marquillos, y Blanca-Flor

(Anónimo)

¡ Cuán traidor eres, Marquillos!
 ¡ cuán traidor de corazón !
 por dormir con tu señora
 degollaste á tu señor.
 Desdeque lo tuviste muerto

quitástele el chapirón ;
 fuéaste al castillo fuerte
 donde está la Blanca-Flor.
 —Abridme, linda señora,
 que aquí viene mi señor ;
 si no lo queréis creer,
 veis aquí su chapirón.—
 Blanca-Flor desque lo viera
 las puertas luégo le abrió :
 échóle brazos al cuello,
 allí luégo la besó ;
 abrazándola y besando
 en un secreto la entró.
 —Marquillos, por Dios te ruego
 que me concedas un dón :
 que no durmieses conmigo
 hasta que rayase el sol.—
 Marquillos, como es hidalgo,
 el dón luégo le otorgó,
 y como venía cansado
 en llegando se durmió.
 Levantóse muy ligera
 la hermosa Blanca-Flor ;
 tomara un cuchillo en mano
 y á Marquillos degolló.

XII

Lanzarote del Lago

(Anónimo)

Tres hijuelos había el Rey,
 tres hijuelos, que no más ;
 por enojo que hubo de ellos
 todos malditos los ha.

El uno se tornó ciervo,
 el otro se tornó can,
 el otro que se hizo moro,
 pasó las aguas del mar.
 Andábase Lanzarote
 entre las damas holgando,
 grandes voces dió la una :
 —Caballero, estad parado :
 si fuese la mi ventura,
 cumplido fuese mi hado
 que yo casase con vos,
 y vos conmigo de grado,
 y me diésedes en arras
 aquel ciervo del pié blanco.
 —Dároslo he yo, mi señora,
 de corazón y de grado,
 si supiese yo las tierras
 donde el ciervo era criado.—
 Ya cabalga Lanzarote,
 ya cabalga y ya su via
 delante de si llevaba
 los sabuesos por la trailla.
 Llegado había á una ermita,
 donde un ermitaño había :
 —Dios te salve, el hombre bueno.
 —Buena sea tu venida :
 cazador me parecéis
 en los sabuesos que traía.
 —Dígame tú, el ermitaño,
 tú que haces santa vida,
 ese ciervo del pié blanco
 ¿ dónde hace su manida ?
 —Quedaos aquí, mi hijo,
 hasta que sea de día,
 contaros he lo que ví,
 y todo lo que sabía.

Por aquí pasó esta noche
 dos horas antes del día,
 siete leones con él
 y una leona parida.
 Siete condes deja muertos,
 y mucha caballería.
 Siempre Dios te guarde, hijo.
 Por do quier que fuer tu ida,
 que quien acá te envió
 no te quería dar la vida.
 ¡Ay dueña de Quintañones,
 del mal fuego seas ardida,
 que tanto buen caballero
 por ti ha perdido la vida! —

XIII

Romance del conde Alarcos

(De Pedro de Riaño)

Retraida está la Infanta,
 bien así como solía,
 viviendo muy descontenta
 de la vida que tenía,
 viendo que ya se pasaba
 toda la flor de su vida,
 y que el Rey no la casaba,
 ni tal cuidado tenía.
 Entre sí estaba pensando
 á quién se descubriría,
 y acordó llamar al Rey
 como otras veces solía,
 por decirle su secreto
 y la intención que tenía.
 Vino el Rey siendo llamado,

que no tardó su venida :
 vidola estar apartada,
 sola está sin compañía ;
 su lindo gesto mostraba
 ser más triste que solía.
 Conociera luego el Rey
 el enojo que tenía.
 — ¿ Qué es aquesto, la Infanta ?
 ¿ Qué es aquesto, hija mía ?
 Contadme vuestros enojos,
 no toméis malenconía,
 que sabiendo la verdad
 todo se remediaría.
 — Menester será, buen Rey,
 remediar la vida mía,
 que á vos quedé encomendada
 de la madre que tenía.
 Dédesme, buen Rey, marido,
 que mi edad ya lo pedía :
 con vergüenza os lo demando,
 no con gana que tenía,
 que aquestos cuidados tales
 á vos, Rey, pertenecían. —
 Escuchada su demanda,
 el buen Rey la respondía :
 — Esa culpa, la Infanta,
 vuestra era, que no mía,
 que ya fuéades casada
 con el príncipe de Hungría.
 No quisistes escuchar
 la embajada que venía,
 pues acá en las nuestras cortes,
 hija, mal recaudo había,
 porque en todos los mis reinos
 vuestro par igual no había,
 sino era el conde Alarcos,

que hijos y mujer tenía.
 —Convidadlo vos, el Rey,
 al conde Alarcos un día,
 y después que hayáis comido
 decilde de parte mía,
 decilde que se acuerde
 de la fe que dél tenía,
 la cual él me prometiera,
 que yo no se la pedía,
 de ser siempre mi marido,
 y yo que su mujer sería.
 Yo fuí d'ello muy contenta
 y que no me arrepentía.
 Si la Condesa es burlada,
 que mirara lo que hacía,
 que por él no me casé
 con el Príncipe de Hungría:
 si casó con la Condesa,
 dél es culpa, que no mía.—
 Perdiera el Rey en la oír
 el sentido que tenía,
 mas después en sí tornado
 con enojo respondía:
 —¡No son estos los consejos,
 que vuestra madre os decía!
 ¡Muy mal mirastes, Infanta,
 dó estaba la honra mía!
 Si verdad es todo eso
 vuestra honra es ya perdida:
 no podéis vos ser casada
 mientras la Condesa viva.
 Si se hace el casamiento
 por razón ó por justicia,
 en el decir de las gentes
 por mala seréis tenida.
 Dadme vos, hija, consejo,

que el mío no bastaría,
 que es ya muerta vuestra madre
 á quien consejo pedía.
 —Yo vos lo daré, buen Rey,
 d'este poco que tenía:
 mate el Conde á la Condesa,
 que nadie no lo sabría,
 y eche fama que ella es muerta
 de un cierto mal que tenía,
 y tratarse ha el casamiento
 como cosa no sabida.
 D'esta manera, buen Rey,
 mi honra se guardaría.—
 De allí se salía el Rey,
 no con placer que tenía;
 lleno va de pensamientos
 con la nueva que sabía;
 vido estar al conde Alarcos
 entre muchos, que decía:
 —¿Qué aprovecha, caballeros,
 amar y servir amiga,
 que son servicios perdidos
 dondè firmeza no había?
 No pueden por mí decir
 aquesto que yo decía,
 que en el tiempo que serví
 una que tanto quería,
 si muy bien la quise entonces,
 agora más la quería;
 mas por mí pueden decir
 quien bien ama tarde olvida.—
 Estas palabras diciendo
 vido al buen Rey que venía,
 y hablando con el Rey
 de entre todos se salía.
 Dijole el buen Rey al Conde